

La devoción de los primeros frailes de la Orden de Predicadores a María

Fr. Emilio García Álvarez, OP.
Convento de Santo Domingo, Caleruega.

1. Introducción

Para hablar sobre este tema hay diversas referencias en los escritos de Jordán de Sajonia, de Humberto de Romans y de algunos otros autores cercanos a los orígenes de la Orden. Aquí nos vamos a centrar en el conocido libro de Gerardo de Frachet, *Vidas de los hermanos* (en latín, *Vitae Fratrum*, publicado por primera vez en 1259-60). Es una recopilación de relatos llenos de candor y de piedad –a semejanza de las *Florecillas* que se cuentan de san Francisco de Asís, aunque menos difundidos-, que ilustran el fervor religioso de los frailes de los primeros tiempos de la Orden. “Estos relatos –afirma el historiador dominico Guy Bedouelle- dicen mucho del ideal cristiano, de los anhelos profundos proyectados por la imaginación de los creyentes, y son, por eso mismo, infinitamente preciosos”. Nos limitamos a recoger lo que se refiere a la devoción a María, la Madre del Señor.

2. Amor y protección de María sobre la Orden

Diversos sueños o visiones de los frailes descubren a la Virgen intercediendo ante su Hijo para que tenga misericordia del mundo, y obteniendo de él el envío de Predicadores que encaucen a la humanidad hacia Dios, de quien se había ido alejando. Están convencidos de que *María ha tenido mucho que ver en los orígenes de la Orden*, precisamente por la eficacia que ésta demostraba en su misión evangelizadora.

Ese éxito apostólico se sustentaba en una vida de gran austeridad, bendecida por Dios. En diversas ocasiones, *la Virgen anima a los frailes a continuar en la Orden*, a pesar del rigor de la vida que en ella se lleva y que a veces puede parecerles

insuperable. A uno que añoraba su vida anterior, también de servicio a la Iglesia pero más llevadera, le hace ver que formando parte de los Predicadores será mucho más feliz y provechoso. A otro le persuade para que acepte el cargo de prior, ante el que se mostraba remiso: no le parecía fácil ponerse a la cabeza de una comunidad con un estilo de vida tan exigente. En una de las visiones, los frailes aparecen soportando más penalidades que otros religiosos en su empeño apostólico, pero, ayudados por la Virgen, consiguen superarlas viéndose recompensados con un fruto más copioso. Siempre se pone de relieve la *fecundidad de una predicación apoyada en una vida evangélica ejemplar*. En el caso de ciertos laicos muy devotos de la Virgen (alguno experimenta su ayuda en momentos de grave riesgo moral), ésta les inspira o les invita a entrar en la Orden, como garantía de una vida más plena.

María aparece también *amparando solícita a los predicadores jóvenes*, a fin de que realicen bien su tarea a pesar de su corta experiencia, y para persuadir a quienes desconfían de su juventud de que no están solos, sino respaldados por la Madre. Incluso llega a inspirar o a dictar a algún predicador lo que ha de decir. Y ofrece su Hijo a un fraile que había predicado bien, consolando asimismo en otra ocasión con la visión de su Hijo ensangrentado a otro que soportaba un duro sufrimiento. Son referencias llenas de encanto que revelan la conciencia que tenían aquellos hombres del valor de su ministerio apostólico, subrayado por el beneplácito divino a través de la Virgen Madre.

3. La devoción de los frailes y su eficacia

3.1. La liturgia comunitaria

En diversos momentos, ilustrados con sabrosas narraciones, se exhorta a los frailes a rezar con devoción el Oficio de María, mostrando cuánto le complace (ya en las Constituciones antiguas se prescribe que el primer rezo de los hermanos al levantarse han de ser los Maitines de la Virgen). La Madre de Dios aparece bendiciendo a los frailes en el coro, cuando cantan sus alabanzas en ciertas celebraciones del año litúrgico, como la fiesta de la Circuncisión o la de la Purificación. Así mismo los bendice asperjándolos cuando duermen, después de haberla invocado en las Completas, última oración del día.

3.2. Singularidad de la Salve.

Precisamente durante el rezo de la Salve, María responde con actitudes que corresponden a las invocaciones que los frailes formulan. Lo contó en cierta ocasión una

señora que asistía a las Completas y, habiendo quedado en éxtasis, “contempló que la Reina de la Misericordia saludaba dulcemente a los frailes cuando éstos decían *Spes nostra, salve*. Al decir *eia ergo, advocata nostra*, ella caía de rodillas ante su Hijo rogando por los frailes. Cuando rezaban *illos tuos misericordes oculos ad nos converte*, vio que ella, con plácida y cándida mirada de paloma, contemplaba a los frailes. Y al cantar después *et lesum benedictum*, etc., la vio de tierna edad llevando al Hijo, y lo enseñaba con gran gozo a todos y cada uno de los frailes” (*Vidas...*, p. 1^a, c. VII, II).

Ese rezo de la *Salve* se implantó de manera regular para hacer desaparecer a demonios y fantasmas que molestaban insistentemente a los frailes. Es decir, por una motivación de misericordia con los hermanos. La misma jaculatoria “María, madre de gracia” ahuyentó en alguna ocasión a los demonios. Es una constante en la espiritualidad cristiana esta eficacia de la piedad mariana para alejarse del influjo del espíritu del mal.

3.3. Casos particulares de devoción.

Se refieren diversas apariciones de la Virgen (en la hora de la muerte o dándoles a conocer su cercanía) a frailes que le son particularmente devotos, o también a la comunidad en el refectorio, sirviéndoles la mesa. Uno que le profesaba un tierno amor contemplaba en ella el conjunto de toda su persona, empleada en el cuidado de su Hijo. Se postraba ante ella y rezaba el avemaría en memoria de las virtudes por las que mereció ser Madre de Dios: fe, humildad, caridad, pureza, benignidad y mansedumbre; y le pidió que se las consiguiese a él. Alcanzó efectivamente lo que pedía, pero, embriagado por la dulzura de la oración, descuidó el estudio, haciendo merecedor de los reproches de sus hermanos, que lo consideraban estéril para la Orden. Consciente de ello, suplicó remedio para esa carencia, y le fue otorgada la ciencia necesaria para ser útil a las almas en la predicación (cf. *Vidas...*, p. 4^a, c. V, II).

Como corolario de este ejemplo, podemos destacar la importancia que se reconocía al estudio en la Orden, hasta el punto de censurar una excesiva dedicación a la oración en detrimento de aquél. En este mismo sentido, otro relato habla de que el demonio llegó a tentar a un fraile apareciéndosele bajo la figura de la Virgen y animándole a proseguir sus devociones dejando el estudio. Estos episodios ponen de manifiesto la necesidad de conseguir y mantener el deseable *equilibrio entre oración y estudio*, entre el fervor de la devoción y el rigor de la ciencia. Son dos componentes

orgánicos de nuestra vida contemplativa, en función de una predicación genuinamente dominicana.

3.4. Favores materiales de la Virgen.

Encontramos también testimonios de este tipo en los relatos que estamos comentando. La intervención de la Virgen ayuda a resolver el litigio que los frailes tienen con la Universidad por las intrigas de algunos maestros de la misma (el Capítulo General había decidido que se rezaran semanalmente, con esa finalidad, las letanías y oraciones de la Virgen y de santo Domingo); el Papa terminó dictando sentencia favorable a la Orden, al reconocer el servicio que suponía su labor intelectual. Asimismo la Virgen procura, a través de personas próximas a los frailes, el dinero que necesitan en circunstancias en que las deudas se acumulan por diversos motivos relacionados con su vida conventual. Y preserva del granizo las tierras de las monjas de Prulla, base de su sustento, por la devoción de la comunidad que acude a ella rezando la *Salve*.

Constatamos, pues, siempre una *interacción entre la piedad mariana de los frailes y el progreso de la Orden*, tanto en lo que afecta más directamente a su carisma de predicación como en otros factores que constituyen un apoyo para la misma, sean de carácter moral o de orden predominantemente material.

4. Una expresiva forma de devoción mariana

Este último testimonio, especialmente venerable, puede resultar sugerente para expresar la devoción personal a la Madre del Señor en la vida ordinaria. Un fraile nos refiere *cómo cultivaba el maestro Jordán de Sajonia la devoción a María*, mediante una práctica que le llamó poderosamente la atención, una vez que le observaba discretamente. Rezaba cinco salmos que empezaban -en latín- con cada una de las letras de la palabra “María” y, después del *Gloria* al final de cada uno de ellos, hacía genuflexión rezando el *Ave María* (en esta época sólo existía la parte evangélica de esta oración: el saludo del ángel y el de Isabel, no el *Santa María*). Lo hacía en este orden:

- . Comenzaba rezando el himno *Ave, maris stella*.
- . Luego seguían: el cántico de María (Lc 1, 47-55: *Magnificat*, “Proclama mi alma la grandeza del Señor”),

- . el salmo 119 (*Ad Dominum cum tribularer*, “En mi aflicción llamé al Señor”),
- . el salmo 118, 17-24 (*Retribue*, “Haz bien a tu siervo”),
- . el salmo 125 (*In convertendo*, “Cuando el Señor cambió la suerte de Sión”)
- . y el salmo 122 (*Ad te levavi*, “A ti levanto mis ojos”).